



PLOMO AL CUBO (Advanced Triggernometry)

Primera edición, julio de 2022

© Stark Holborn, 2022

© De la traducción: Manuel de los Reyes García Campos

© Ilustración de cubierta: Fosc Design

© De la presente edición:

Ediciones El Transbordador mediante acuerdo con Johnson & Alcock Ltd.

(Ediciones El Transbordador es una marca  
de El Inventor de Mundos, S. C. - (CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 1022-2022

ISBN: 978-84-125263-3-2

Impresión: Gráficas La Paz (Torredonjimeno, Jaén)

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa  
y por escrito de los titulares del *Copyright*.

[www.edicioneseltransbordador.com](http://www.edicioneseltransbordador.com)



STARK HOLBORN

# PLOMO AL CUBO

TRADUCCIÓN DE  
MANUEL DE LOS REYES

Ilustración: Fosc Design



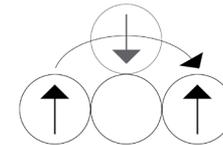
STARK HOLBORN

$\rho L \emptyset \mu 0^3$

TRADUCCIÓN DE  
MANUEL DE LOS REYES

## PRÓLOGO

### La paradoja de la moneda



El trepidar de los cascos nos sacudía hasta el tuétano mientras nos alejábamos a galope tendido de aquel tren en llamas.

El dinero que habíamos robado se arrastraba detrás de nosotros como una estela de sangre inculminatoria, pero no lo soltamos. Eso es lo malo del oro. Una vez en tu poder, sabe más dulce que la melaza y cuesta el doble despegárselo de la palma de la mano, incluso para un matemático.

Sobre todo para un matemático.

Si hubiera sabido lo que nos deparaba el destino, habría cortado la cuerda que lo sujetaba a mi silla y lo habría dejado abandonado en el

polvo; me habría dirigido a la frontera con los bolsillos vacíos.

Pero no lo sabía. Lo dicho, eso es lo malo del oro.

Fuimos Fermat y yo los que decidimos seguir cabalgando. Y, por eso, nadie más tiene la culpa de lo que sucedió a continuación.

## UNO

### Negación alternativa

## *A|B*

—¿Señora Grey?

Esther me lanzó una mirada de preocupación por encima de la montura de sus anteojos. Me vi reflejada en ellos, lente contra lente, como dos criaturas que se estuvieran estudiando mutuamente desde los extremos opuestos de un microscopio.

—¿Sí? —Empecé a recoger las pizarras de mano, lista para borrar los meticulosos y torpes cálculos aritméticos garabateados en ellas, tan sólo para descubrir que ya no hacía falta. ¿Cuánto tiempo me había pasado ensimismada, soñando con el pasado?

—Que han venido a verla unas señoritas —repetió Esther con su característica paciencia infinita—. ¿Les digo que entren?

Levanté la cabeza. El sol del mediodía recortaba la silueta de tres figuras que aguardaban en la puerta de la escuela. Detrás de ellas, los niños corrían entre risas y chillidos, pegándole patadas a una pelota. Deslicé una mano hacia la cadera, pero allí sólo había tela. Las maestras no tenían por costumbre portar armas de fuego.

Daba igual.

—Gracias, Esther. Cierra la puerta al salir.

La muchacha se marchó con el ceño fruncido. Le habría gustado añadir algo más, pero hacía tiempo que habíamos establecido un pacto de silencio. Nada de preguntas sobre el pasado de cada una. Hasta la fecha, nos había ido bien.

Las desconocidas avanzaron arrastrando los pies, tan encorvadas como demonios que se estuvieran adentrando en un lugar consagrado, temerosos de que la mano de Dios cayera del cielo para aplastarlos. Una gruesa capa de polvo recubría sus faldas y sus abrigos. La mujer que encabezaba la comitiva llevaba un rifle cruzado a la espalda.

Civiles. Contemplaban fijamente las sumas infantiles de los encerados que revestían las paredes, sin parpadear, como si estuvieran escritas con sangre. Gente humilde. Gente normal.

Entonces, ¿por qué notaba ese hormigueo en la nuca?

Muy despacio, abrí el cajón de mi mesa. Allí estaba el instrumento, listo y preparado. Apoyé los dedos en él.

—¿En qué puedo ayudarlas?

Una de las mujeres dio un respingo, con las mejillas encendidas. Los ojos grises de la segunda relucieron como un pedernal que acabase de recibir un impacto.

—Estamos buscando a Malago Browne —dijo la cabecilla.

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

La mujer arrugó el entrecejo y bajó la mirada a los libros que se amontonaban encima de la mesa. Los rayos de sol le arrancaron destellos al título que coronaba la pila.

*NUEVA TRIGONOMETRÍA PARA LOS COLEGIOS  
CON SOLUCIONES*

—Es ella —dijo la mujer de los ojos grises, cuyos labios se replegaron sobre sus dientes.

—Se equivocan. Yo soy la señora Grey, doy clases aquí.

La mujer del rifle avanzó un paso más. Era mayor que las otras, con las facciones surcadas por arrugas como intrincados diseños grabados en una plancha de cuero. Llevaba una estrella de

latón, sin lustre, prendida en el chaleco. Acercó una mano a su bolsillo y mi cuerpo se puso en tensión, pero lo único que sacó fue una hoja de papel sucia y manoseada.

El pasquín aterrizó sobre la pila de libros. Mi rostro, abocetado burdamente con maliciosa intención. Y, sobre él, aquellas viejas palabras, como una marca de fuego. SE BUSCA.

Sonreí.

—Reconozco que el parecido es asombroso, mal que me pese. Pero ya son muchos los marshals del Capitolio que cometieron este mismo error antes. Y todos lo han lamentado.

—No hemos venido para detenerla. —La mujer se rebulló donde estaba, nerviosa—. Estamos aquí por negocios.

—No me digan que quieren que les dé clase a sus hijos...

—Moriría antes de intentarlo siquiera —escupió la de ojos grises antes de apretar los labios de nuevo, como si estuvieran sellados.

—No queremos ninguna lección —dijo la tercera. Tenía las facciones redondeadas y un rubor perpetuo en el rostro—. Lo que queremos es luchar. Me refiero a que buscamos luchadores. Como usted.

—Lo que buscan es a alguien que esté lo bastante desesperado como para hacerles el trabajo sucio —las acusé, aunque era consciente de que, cinco años antes, les habría dicho que sí sin dudar. Habría aceptado prácticamente cualquier trabajo, siempre y cuando hubiese dinero de por medio, o sustento, o al menos una oportunidad de poner en práctica las habilidades que eran mi orgullo y mi perdición al mismo tiempo. Negué con la cabeza—. Soy maestra. Eso es todo.

—Ya os dije que no iba a ayudarnos —gruñó la mujer de ojos grises—. Os dije que no serviría de nada.

—Entonces no sé para qué has venido, Lydia —le espetó la mayor de las tres antes de girarse de nuevo hacia mí—. Cierto, no se trata de un trabajo sencillo. Ni limpio, tampoco, según a quién le pregunte. Venimos de un sitio llamado Consolación, a una jornada a caballo de la frontera, más o menos. Pero a menos que hagamos algo, y pronto, la ciudad no tardará en dejar de existir. —Movié los labios sin decir nada antes de rematar—: Necesitamos ayuda y no tenemos a quién recurrir.

—Acudan al Capitolio.

—¡No podemos! —estalló la tercera—. Es su hombre, el sheriff Austin. Envenena a nuestros

jóvenes, nos está destrozando. Necesitamos a alguien que no le tenga miedo. Estaríamos dispuestas a pagar...

Me reí. La amargura era un pozo profundo y se derramó por mi boca.

—¿La bestia que ustedes mismos crearon se ha soltado de su correa y ahora buscan la ayuda de aquellos a quienes antes tachaban de monstruos? —Tiré el pasquín al suelo—. Apáñenselas por su cuenta. Como nosotros.

La mujer de mirada acerada tomó a la otra del brazo.

—Vámonos, Minnie —murmuró—. Este sitio me produce urticaria.

Dejaron la hoja en el suelo, donde había aterrizado. Bajé la mirada. En el cajón abierto, el viejo transportador de ángulos refulgía con un resplandor plateado.

La marshal se giró cuando hubieron llegado a la puerta.

—El oro que has robado te consumirá el corazón —dijo.

## DOS

### Unión disjunta

$$A \cup^* B = (A \times \{0\}) \cup (B \times \{1\}) \equiv A \cup B$$

Llegué a Noches con los últimos rayos de sol. No viajaba sola. La carretera estaba repleta de vecinos de otras aldeas, empleados de los ranchos, mineros de los campamentos de las montañas... Había unas cuantas diligencias, incluso, obligadas a detenerse tanto si a sus pasajeros les gustaba como si no. Noches tomaba su nombre de los negocios que allí se llevaban a cabo: actividades nocturnas impulsadas por el aguardiente y por todas las decisiones equivocadas que se podían acumular en diez horas de oscuridad.

Chucha trotabaacompañada a mi lado mientras recorríamos la calle principal, con su pelaje amarillo tan lustroso como un manto de terciopelo. En Noches todo tenía mejor aspecto,

siempre y cuando se pudiera observar a la luz del quinqué. Los vendedores de lotería pregonaban las virtudes de sus boletos desde los porches de las tabernas, las prostitutas ojeaban a los clientes potenciales que se cruzaban con ellas y los tahúres se turnaban en las aceras, asegurándose de que todos los vieran bien, a ellos y a sus cuchillos, antes de que el alcohol empezase a correr de verdad. La esplendorosa sordidez que lo impregnaba todo me recordaba a las calles de Faculty. Típico de él, acabar en un sitio así.

Las ventanas del Gnomon Dorado proyectaban rectángulos obtusos de claridad. Tiré de las riendas de Pastel. Debería dar media vuelta, regresar a la pequeña cabaña que tenía detrás de la escuela, a las cigarras que cantaban en el patio, a las estanterías de libros y a mi cama, tan mu-llida y tranquila.

«El oro que has robado te consumirá el corazón».  
Desmonté con gesto sombrío.

Chucha se me adelantó y se agachó para pasar como una exhalación por debajo de las puertas batientes. Tras ellas se extendían las mesas de juego, tan verdes sus tapetes como el césped prohibido de la universidad por el que Fermat y yo habíamos correteado siendo estudiantes,

mondándonos de risa, borrachos a medianoche, revolcándonos en el rocío.

—Nada de perros —protestó una voz. Había una mujer detrás del mostrador, limpiando una pistola. Asintió con la cabeza cuando me vio—. Grey —dijo, sin soltar el arma.

—Ana. ¿Esperas problemas?

—No más de lo habitual. —Apuntó con la barbilla—. Pierre está arriba.

Dejé atrás a Ana, que metió discretamente una mano en el bote de la cecina y sacó un trozo para dárselo a Chucha. Una escalera desvencijada conducía a una amplia galería con vistas al *saloon*. La pintura dorada se veía desgastada en algunos puntos de la barandilla de madera, en dos en particular, donde alguien que se apostara allí podría apoyar las manos para ver lo que ocurría en la planta de abajo.

Había una puerta en lo alto. No llamé. Nunca lo hacía.

Una figura contaba cartas compulsivamente, encorvada sobre una mesita. La luz de las velas se reflejaba en los botones de imitación y los brocados raídos de su chaleco.

Me dio un vuelco el estómago al verlo. Tenía las mejillas redondas y sonrosadas, pero era la

falsa plenitud de un cuerpo desnutrido que se aferra a sus últimas reservas de energía, como un perro callejero. Su cabello presentaba ya más vetas grises que cobrizas.

—Ferm —lo saludé.

—Browne.

—Tienes pinta de estafador —dije mientras me acomodaba en uno de los sillones.

—*Post hoc ergo propter hoc*. —Se dirigió directamente al armario en el que guardaba las botellas de licor, sin mirarme siquiera—. ¿A qué se debe esta visita? De un tiempo a esta parte, son cada vez más escasas.

Acepté el vaso que me ofreció. Whiskey, no brandy. Así lo prefería yo.

—He estado ocupada.

Asintió. Ese no era el motivo, y él lo sabía.

El whiskey me abrasó la garganta, más acostumbrada a la leche esos días.

—Han ido a verme unas mujeres.

—¿Y qué querían, reclutarte para el comité de festejos? Tengo entendido que te has vuelto una ciudadana ejemplar.

—No eran de la ciudad. Venían del otro lado de la frontera. Entre ellas había una marshal.

—¿Te la cargaste?

—No querían arrestarme, sino contratar mis servicios.

Ferm se rio y apuró su vaso de un trago.

—¿Y cuál era el encargo? ¿Ir detrás de algunos cuatreros? ¿Intentar recuperar las reses robadas y llevarte un tiro en la espalda por toda recompensa?

Me froté los párpados por debajo de los anteojos.

—Según ellas, querían que alguien las protegiera del Capitolio.

—¿Y qué les dijiste? —No contesté a su pregunta—. ¿Qué les dijiste, Browne?

—Les dije que no.

—Pero aquí estás ahora.

—Sí.

Fermat agarró la botella de whiskey, que repicó contra su vaso con un tintineo.

—Pues ya te puedes ir olvidando. Aquí me he labrado una buena vida. Como tú.

Me puse de pie y di un paso hacia él.

—Quizá sea buena, pero no es la nuestra.

Sus ojos saltaron de mi rostro a mi torso, al punto por el que una vez se había extendido una mancha de sangre. La antigua herida de bala aún me molestaba en los días de frío.